



EL AVE DE LAS MIL HISTORIAS

KIYASH MONSEF

AUTOR DE ÉRASE UNA VEZ, BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

GRANTRAVESÍA



**EL AVE
DE LAS MIL
HISTORIAS**

GRANTRAVESÍA

KIYASH MONSEF

EL AVE
DE LAS MIL
HISTORIAS

Traducción de Luis Carlos Fuentes

GRANTRAVESÍA

EL AVE DE LAS MIL HISTORIAS

Título original: *Bird of a Thousand Stories*

© 2025, Kiyash Monsef

Publicado según acuerdo con Simon & Schuster Books para Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Traducción: Luis Carlos Fuentes

Ilustración de portada: © 2025, Sasha Vinogradova

Diseño de portada: Krista Vossen

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.

C/Calabria 168-174 – Escalera B – Entlo. 2ª

08015 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2025

ISBN: 978-84-129653-9-1

Depósito legal: B 11643-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPRO (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005931010625

*Para Sibley
Para Tilden*

*Que sus corazones estén siempre llenos de aventuras,
y sus aventuras llenas de corazón.*

EL AVE

DE LAS MIL HISTORIAS

Érase que se era, érase que no era.
Todas las mañanas, en la antigua ciudad de Nishapur, dos niñas huérfanas alimentaban a los gorriones que se posaban cada noche en los enebros, los cotoneaster y los almendros.

La ciudad en aquellos días era rica en oro, especias y seda. Sus calles eran anchas y parejas, sus plazas bullían por el comercio y sus jardines florecían, exuberantes y fragantes, con jazmines y granadas. Pero la pobreza es siempre igual, hasta en la más próspera de las ciudades, y las huérfanas de nuestra historia eran pobres a más no poder. Vivían en la calle. Trabajaban a cambio de centavos y de trozos de pan seco y dormían en los jardines cuando nadie las ahuyentaba de allí.

Los gorriones eran sus únicos amigos, pues en aquella gran ciudad nadie quería la carga de cuidar a dos chiquillos más, y por si fuera poco, niñas. Pero los gorriones estaban agradecidos por las migas de pan y los poquitos granos que las huérfanas guardaban para compartir con ellos. Y un día les mostraron su agradecimiento enseñando a las huérfanas el lenguaje de las aves.

—Niñas —dijeron los gorrones—, os agradecemos vuestra bondad. Pero no podemos soportar más vuestro sufrimiento. Debéis buscar al Bulbul-e-Hazar-Dastan, el Ave de las Mil Historias. Él sabe todo lo que hay que saber y os reunirá con vuestras familias.

Ninguna de las niñas recordaba a su verdadera familia ni había soñado nunca con reunirse con ella. Lo único que habían conocido en su vida era el cruel orfanato donde se conocieron y las duras calles donde ahora vivían. Y, aunque no lo admitieran, o tal vez ni siquiera se dieran cuenta en ese momento, el canto de los gorrones tocó algo profundo en el interior de ambas: una secreta esperanza de que tal vez no estuvieran tan solas.

Y así, las dos huérfanas partieron en busca del Ave de las Mil Historias. Estaban confiadas y llenas de esperanza porque eran listas y valientes, y porque conocían el lenguaje de las aves, y porque para ellas el mundo sólo podía mejorar. Pero lo que los gorrones no contaron a las huérfanas fue que el Ave de las Mil Historias había sido hecho prisionero por una bruja y que era custodiado por un malvado gigante en el lejano castillo de Ven-y-Nunca-Te-Írás.

Puede que estos gorrones no supieran nada de la bruja, el gigante y el castillo de Ven-y-Nunca-Te-Írás. O puede que sí, y prefirieron guardarse estos detalles.

A veces, sobre todo al principio de un viaje, es mejor no saber esas cosas.

| CAPÍTULO UNO |



LA OTRA COSA QUE ME DEJÓ MI PADRE

Caía ceniza del cielo. Descendía entre la sucia neblina color naranja en una llovizna dispersa de pequeños copos. Aterrizaba con quietud, más suave que las plumas, más ligera que la nieve. El polvo fino y pálido se acumulaba en parabrisas, hojas, pestañas, se introducía en fosas nasales, gargantas y pulmones.

A ciento cincuenta kilómetros de Berkeley el mundo ardía. Un rayo sin lluvia había caído sobre árboles secos, y el calor y el viento hicieron el resto. Ahora un bosque entero estaba en llamas y el aire tenía un gusto a agrio y chamuscado, y yo volvía a casa de la ferretería con rollos de cinta azul para pintar porque era lo que Malloryn Martell decía que necesitaba para su hechizo antihumo.

Cuando entré a casa, me quité la ceniza de los ojos y me la sacudí del pelo. Las partículas cayeron suavemente hacia el suelo a través de un rayo de luz anaranjada de la tarde. Cerré la puerta tras de mí para evitar que entrara el aire viciado.

En la cocina se oía música calipso, una alegre y entusiasta voz de chica que cantaba al compás de la letra, y el ruido de la comida preparándose.

—¿Qué estás haciendo? —grité.

—Ensalada de pasta —dijo Malloryn desde la cocina—. Grace mandó un mensaje. Está en camino. También va a recoger a Carrie.

Entré a la cocina. Malloryn Martell, de rizos rubios y ojos grandes y brillantes, mezclaba un bol de pasta fría con puñados de pimienta fresco picado, guisantes congelados y alubias blancas de lata. A sus pies, Zorro, su zorro gris, dio unos ladriditos a modo de saludo. Sus ojos ámbar brillaban igual que los de Malloryn.

—¿No estropearán el hechizo o algo? —preguté.

—Claro que no —dijo Malloryn—. Cuantos más seamos, mejor. —Añadió a la pasta suficiente sal y un generoso chorro de aceite de oliva, volvió a revolverla, haciendo bailar sus rizos con cada giro de la cuchara, y la probó. Le ofreció una alubia a Zorro, que la engulló con un placentero tamborileo de sus patitas sobre el linóleo. —Sello de aprobación —dijo Malloryn—. Pondré platos para todos.

Malloryn era una bruja, y una fugitiva (o, como ella decía, se estaba “tomando un descanso” de su familia), y también mi *roomie*, y mi amiga. Llevábamos casi un año viviendo juntas. Ella y Zorro —su “familiar”— dormían en la habitación contigua a la mía. En época de escuela, hacíamos la tarea juntas. Y en ocasiones, juntas salvábamos el mundo.

Cuando acabaron las clases al inicio del verano, se puso a trabajar a tiempo completo en la tienda de ocultismo de Oakland, donde ya trabajaba por las noches. Cuando no estaba haciendo eso, o reuniendo ingredientes para un encantamiento o un hechizo propio, normalmente estaba cocinando. Incluso me preparó un pastel arco iris sorpresa de cinco pisos para mi cumpleaños dieciséis y le escribió «Feliz cumpleaños,

Marjan» con glaseado rosa en la parte superior. Era la primera vez que alguien me hacía un pastel desde que mi madre había muerto. Mis lágrimas me sorprendieron casi tanto como a Malloryn. Pero tal vez también hicieron que el pastel supiera mejor. O tal vez simplemente Malloryn era una buena cocinera. Supongo que ambas cosas podían ser ciertas.

La casa donde vivíamos había pertenecido a mi padre. Ahora era mía. Yo aún no estaba segura de quererla. Se sentía solitaria de una forma que era tranquila y abrumadora a la vez. Había recuerdos por cada rincón. Los suelos crujían. Todo era viejo. Pero no tenía muchas opciones. Y, entre el bachillerato y la Otra Cosa Que Mi Padre Me Dejó, realmente no me quedaba tiempo para buscar otro lugar donde vivir.

Como sea, la casa era mejor con Malloryn. Ella hacía que la cocina oliera bien. Escuchaba música alegre sin forzarlo demasiado. Trabajaba en extraños proyectos que incluían velas y cristal marino y hierbas, ninguno de los cuales tenía mucho sentido para mí, y ninguno de los cuales parecía funcionar exactamente como se esperaba, pero todo ello hacía que mi vieja casa se sintiera cálida y sorprendente y distinta.

Malloryn metió la ensalada de pasta en la nevera y fue a poner la mesa del comedor. Busqué un vaso limpio y lo llené con agua del grifo. La garganta me dolía por el aire de afuera, pero el aire de adentro no era mucho mejor. Tomé un trago, me enjuagué la ceniza de la boca, la escupí y luego tomé otro.

Tap tap tap.

Un ruido en la ventana de la cocina me hizo brincar. Un petirrojo picoteaba el vidrio con espasmódica urgencia. Estaba posado en el alféizar de la ventana, con las plumas notablemente esponjadas.

Tap tap tap.

Su brillante ojillo negro se posó en el mío por un segundo, con una mirada tan intencional y precisa que me quedé sin aliento.

—Mal —la llamé por encima de mi hombro—. Ven a ver esto.

El ojillo del petirrojo se mantuvo fijo en el mío por un momento más, luego se volvió hacia otro lado, como si el mensaje que había venido a entregar, cualquiera que éste fuera, ya hubiera sido olvidado. Un instante después, extendió las alas y se fue volando.

—¿Qué pasa? —preguntó Malloryn, que regresaba del comedor con una cuchara en la mano.

—Un pájaro —dije—. Estaba golpeteando la ventana. Sentí como si me mirara.

Pegué mi cabeza contra el vidrio para tratar de ver hacia dónde había volado, pero ya había desaparecido sobre el alero.

—Probablemente quiera escapar del humo —dijo Malloryn—. Los confunde. Escuché que bandadas enteras están cayendo del cielo. Así nada más, muertos por agotamiento porque no saben dónde aterrizar. —Miró con tristeza hacia la ventana y después a la cuchara que traía en la mano, lo que le recordó que había dejado algo sin terminar en la otra habitación. La vi marcharse y después volví a asomarme una vez más por la ventana, como si un caótico pajarito, con todo el cielo al alcance de sus alas, fuera a regresar a tocar otra vez con su pico en mi sucia ventana.

Me di cuenta de que no había dicho exactamente lo que quería decir.

Lo que quería decir era que había sentido como si el petirrojo me estuviera buscando *a mí*.

Grace Yee llegó diez minutos después. Estacionó fuera de mi casa la traqueteante camioneta que amorosamente habíamos bautizado como la Ballena Azul y la apresuré a entrar para que la puerta no tuviera que estar abierta durante mucho tiempo. Grace hizo una exagerada expresión de náuseas.

—¿Dónde está Carrie? —pregunté.

—Lo intenté, Mar —contestó Grace—. Sólo es una clase en línea, pero ya sabes cómo es.

Yo sabía cómo era Carrie Finch: neurótica y siempre tratando de ser la mejor en todo. Eso a veces era encantador. A veces sus detallados apuntes de clase nos salvaban el pellejo. Y a veces era simplemente molesto.

Malloryn le ofreció a Grace un rollo de cinta, pero ella levantó una mano con la que sostenía de modo firme un rollo de cinta azul.

—Traje la mía —dijo. Sus padres tenían una ferretería.

—Colóquenla en los bordes de las ventanas —dijo Malloryn—. En cualquier lado donde pueda haber una ranura.

—No te ofendas, Mal —añadí—, pero ¿estás segura de que esto realmente es un hechizo?

—Lo será si funciona —dijo, guiñándome un ojo. Tiró de un tramo de cinta de su rollo, lo cortó y lo pegó en la ventana que le quedaba más cerca—. Abracadabra —exclamó.

—Después lo harás en mi casa —dijo Grace y se puso a pegar cinta, moviendo la cabeza al ritmo de la música calipso de Malloryn.

Grace, Mal y yo teníamos un vínculo algo especial. A veces Malloryn decía que éramos un aquelarre. Quizá era verdad; Malloryn podía encontrar magia en cualquier lado. Ella y Grace me entendían de una forma que nadie más me entendía. Cuando yo me encontraba en compañía precisamente de

estas dos personas, no tenía que guardar mis secretos con tanto ahínco. Podía relajarme, y fuera lo que fuese que estuviéramos haciendo —comprando víveres, haciendo la tarea, pegando cinta en ventanas viejas para que no entrara el humo de un incendio forestal—, el tiempo parecía rodearnos y pasar de largo. Y cuando esos momentos terminaban y alguien se tenía que marchar, el final siempre llegaba un poco demasiado pronto.

Luego de una hora de trabajo, habíamos sellado casi todas las ventanas de la planta baja. Grace se estaba sirviendo una segunda ración de ensalada de pasta. Malloryn estaba arriba, colocando cinta en las ventanas de su habitación. Y yo estaba fijando un pedazo de cartón en la boca de la chimenea cuando se oyeron los toques en la puerta.

Tap tap tap.

Los toques fueron cortos y secos, tres golpes rápidos y eficientes que sonaron por encima de las canciones isleñas y nos sacaron a todas de nuestro trance de cinta azul.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Grace, mirándome fijamente.

Me puse de pie y me dirigí a la puerta. Malloryn se asomó desde la parte alta de las escaleras y le chasqueó la lengua a Zorro, quien se deslizó hacia la habitación del fondo. Grace me lanzó una mirada recelosa.

—No pasa nada, G —dije. Su única respuesta fue un gesto lleno de escepticismo. La insté a meterse a la cocina, donde estaría fuera de la vista. Después de un momento de un silencio aprensivo, sacudió la cabeza y se dirigió a la parte de atrás de la casa, dejándome sola.

Abrí la puerta.

Al otro lado estaba parado un hombre de mediana edad, de cabeza calva y redonda, que usaba un traje de color claro.

—Karl —dije.

—Marjan —replicó él con un acento ligeramente alemán.
Un coche con el motor en marcha esperaba en la calle, bloqueando la entrada.

—¿Ahora? —pregunté.

Él asintió.

LA GRAN FAMILIA Y EL PEQUEÑO DRAGÓN

Érasede que se era, érase que no era.
Por muchas generaciones, una gran familia guardó un pequeño dragón dentro de una tetera de hierro.

El dragón siempre había sido pequeño, y hasta donde se sabe, siempre había vivido en la tetera. La familia, por otro lado, no siempre había sido grande, y ni siquiera había sido siempre una familia. Al principio sólo había un chico, un chico que gastó sus últimas monedas en una tetera de hierro porque creía que ésta cambiaría su suerte.

Y vaya que se la cambió. El dragón le dio al chico un propósito. Lo conectó con gente que lo necesitaba. Le abrió los ojos a un mundo de bestias fabulosas y de los humanos que las cuidaban. El dragón ayudaba a las criaturas más maravillosas a encontrar un hogar con personas cuyas vidas los llamaban a gritos. Ése era su don: reconocer a la gente valiosa. Y cuando el chico, ya anciano, posó finalmente la tetera por última vez, lo hizo en la amorosa compañía de sus muchos hijos y nietos, todos los cuales compartían su propósito, y el del dragón.

El dragón emparejaba a las criaturas imposibles del mundo con compañeros dignos, y la familia hacía el trabajo de reunirlos. Por muchas generaciones, la familia manifestó los deseos del dragón y protegió el maravilloso entramado de humanos y criaturas que abarcaba todas las culturas y las estaciones de la vida. Eran buenos en su trabajo. Y obtenían una recompensa por ello. Quizá no obtenían una recompensa tan grande como hubiera sido posible. Después de todo, un rey o un papa seguramente habrían ofrecido una fortuna mucho mayor por sus servicios que la que ofrecía un herrero. Pero los reyes y los papas suelen no ser la mejor compañía para las criaturas imposibles, como cualquier pequeño dragón te dirá de inmediato. Así que enormes fortunas a menudo fueron rechazadas, en favor de humildes obsequios. Aun así, había suficiente en los cofres de la familia para mantenerlos felices, o cuando menos seguros.

Pero las familias cambian, especialmente cuando suficientes fortunas han pasado intactas frente a sus ojos. Una familia, incluso una de buen corazón, puede hacer lo correcto pero sólo hasta cierto punto antes de poner a prueba la voluntad del mundo. En algún lado, a varias generaciones de distancia de aquel chico que sujetó la tetera por primera vez con sus manos temblorosas, esta familia se dio cuenta de que, si uno decide ignorar los deseos de un dragón en una tetera, no hay mucho que el dragón en la tetera pueda hacer.

¿Y en verdad el mundo era peor si un hipogrifo pasaba a las manos de un magnate ferrocarrilero en lugar de a las de un ingeniero ferrocarrilero? ¿Si de pronto un guiverno fuera vendido a un monarca en vez de a un molinero?

Queda por ver si esta familia, que llegó a dominar el fino arte de excusar su propia avaricia, hizo de éste un mundo peor. Puede ser que sí.

En algún lugar de la familia, sin embargo, un espíritu puro sobrevivió. Porque un día, uno de ellos liberó al dragón. Fue un acto de desafío, y también un acto de gracia. Y fue un acto de esperanza, esperanza de que esta familia, que había perdido el rumbo, de alguna manera encontrara un nuevo camino.

Pero la codicia es una mancha pegajosa que lleva a la ruina. Penetra el alma como el alquitrán en la ropa. Y esta gran familia se había revolcado en la codicia durante demasiado tiempo como para poder alguna vez liberarse de ella. Sin un dragón que los guiara, la única voz en sus oídos era la voz de su propia ambición.

¿Y quién habría de detenerlos? Tenían riquezas, poseían un conocimiento sin igual de las criaturas cautivas en el mundo y eran poderosos.

Y así, un acto de esperanza creó, por el contrario, un nuevo legado sombrío: una tetera y unos corazones vacíos por igual.

| CAPÍTULO DOS |



ES. TAM. BUL.

—Necesito un minuto —dije—. Espérame aquí afuera. —Cerré la puerta, en parte por el aire contaminado y en parte porque había un mundo afuera y otro mundo adentro, y necesitaba mantenerlos separados. Malloryn y Grace sabían que yo no trabajaba del todo sola. Y creo que ambas sospechaban que mis empleadores no eran las personas más honorables. Pero hasta ahora, ni Grace ni Malloryn los habían conocido, y yo tenía la intención de que siguiera siendo así.

La mochila de viaje estaba en el suelo de mi armario, exactamente donde la había dejado luego del último viaje. Adentro estaba mi pasaporte, un par de cambios de ropa y un poco de dinero para emergencias. Agarré la mochila y me dirigí hacia la puerta.

Parada frente a la escalera, Malloryn me interrogó con la mirada.

—Yo te avisaré —dije.

—Espera —exclamó ella. Corrió hasta su habitación y regresó con algo en su mano—. Déjame ver tu muñeca.

Estiré un brazo y ella abrió la mano, revelando una cinta azul pálido. Procedió a atarla alrededor de mi muñeca.

—Como protección —dijo—. Igual que la cinta de pintar, pero para el peligro.

Apretó con fuerza el nudo de la cinta. Yo no sentí nada diferente.

Grace esperaba al pie de la escalera. Se había colocado entre la puerta y yo, con una expresión fiera en el rostro.

—No tienes por qué trabajar con gente sospechosa —dijo, lanzando una mirada de desconfianza hacia la puerta.

—Es la única forma —repliqué. Eso era verdad por varias razones, pero Grace tenía una mirada que podía hacerte dudar de ti misma, incluso si sabías que estabas en lo correcto.

—Nada de héroes, Mar —dijo.

—Ni siquiera sé lo que es un héroe —añadí, un poco demasiado casualmente. Ella me fulminó con la mirada y se negó a apartarse hasta que la tomé en serio—. No te preocupes, G —dije por fin—. Volveré pronto.

—Más te vale —respondió ella. Una acusación, una condena y una sentencia, todo a la vez.

El crimen: abandonar mi hogar en compañía de unos extraños de dudosas intenciones, irme muy lejos y hacer algo que probablemente sería peligroso.

Las víctimas: todos aquellos que me importaban, incluyendo a mí.

Sentí que todos los ojos en la casa que no eran los míos apuntaban hacia mí. No sabía qué decirle a Grace, ni a Malloryn, así que simplemente desvié la mirada y me deslicé hacia la puerta, sintiendo la culpa retorcerse en cada articulación de mi cuerpo.

Karl seguía de pie donde lo había dejado. Parecía ligeramente aburrido. Yo me dispuse a salir, pero antes de poder dar un paso, una mano me sujetó por el hombro y me hizo a un lado, y Grace se interpuso frente a mí y adonde yo trataba

de ir, tendiéndole a Karl un bolígrafo y una hoja de papel que sujetaba con un puño apretado y tembloroso.

—¿Qué es esto? —preguntó Karl—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy su amiga —repuso con una voz tensa—. Y *esto* es un contrato. Y tú vas a firmarlo.

—Yo no firmo esas cosas —dijo Karl, confundido y ligeramente ofendido de una manera que resultaba algo divertida.

—Entonces mi amiga no irá contigo —advirtió Grace. Levantó más el papel y el bolígrafo hasta casi ponérselos en la cara, y lo atravesó con la mirada. Finalmente, Karl suspiró.

—¿Qué dice? —preguntó, arrebatándole el papel y el bolígrafo y observándola con recelo.

—Dice que protegerás a esta chica a toda costa y que la traerás sana y salva de regreso a casa. Y vas a firmarlo, o ella no irá a ningún lado.

—¿Cuánto tiempo llevas cargando eso? —susurró.

—Cállate, Mar —dijo Grace, lanzándole a Karl toda la fuerza de su mirada fulminante y voluntariosa.

—Esto no es jurídicamente vinculante —replicó él, incrédulo y nervioso—. No hay un notario. No hay testigos. Es totalmente inadecuado.

—No. Me. Importa —dijo Grace con firmeza—. Firma.

Karl levantó la vista del papel, miró a Grace, y volvió nuevamente al documento. Con otro suspiro, se dio por vencido. Garabateó algo en la parte baja de la hoja y se la devolvió a Grace con una mirada de fastidio.

—Ahora llegaremos tarde —me dijo, se dio la media vuelta y se dirigió molesto hacia el coche.

—Gracias —le susurré a Grace, y de verdad lo sentía, pero era difícil explicar exactamente qué le estaba agradeciendo. Ella lanzó una mirada amenazadora en dirección a Karl.

—No me agrada él —dijo—. No me agrada nada de esto.

—Tengo que ir —contesté—. Alguien necesita mi ayuda. Él me llevará allí. Así es como hacemos siempre. Está bien.

—Sólo prométeme —pidió— que si tienes que elegir entre lo correcto y lo que te traerá a salvo de vuelta a casa... prométeme que vendrás a casa.

Ahora me miraba con una silenciosa y terrible intensidad, urgiéndome a hacerle esa promesa.

—Okey —dije—. Lo prometo.

Satisfecha, Grace volvió a fulminar con la mirada a Karl. Yo tomé mi mochila y bajé los escalones hasta la acera y el coche aparcado.

—Ésa es una buena amiga —añadió Karl en voz baja cuando me acerqué.

—Sí —dije—. Lo es.

—Debes tener cuidado con los amigos —continuó.

—¿A qué te refieres? —pregunté, pero Karl sacudió la cabeza para indicar que no hablaría más.

Volví a mirar a Grace, sola, parada en la entrada de mi casa. No creo que haya esperado que la viera en ese momento, porque por un segundo no parecía feroz ni dura. Tenía los hombros caídos y un destello de preocupación en los ojos. Pero en cuanto se dio cuenta de que la estaba observando, enderezó la espalda y adoptó una expresión agresiva.

Nada de héroes.

Karl se aclaró la garganta con un dejo de impaciencia, luego señaló con un gesto hacia la oscuridad en el interior del coche. Yo asentí débilmente en dirección a Grace y subí. La puerta se cerró tras de mí. Un momento después, Karl llegó al otro lado del coche y también subió.